

Paz En Las Trincheras

Javier Vázquez Sanesteban

# **Paz En Las Trincheras** **Javier Vázquez Sanesteban**

*La conversación más difícil de la  
historia de la humanidad*



# Capítulo 1

## **PAZ EN LAS TRINCHERAS**

Corre... Eso pensaba para si mismo el joven hombre. Corre, como si tu vida dependiese de ello, que bobada, pues claro que dependía. Las granadas y los cañones rompían sus tímpanos con el estruendo de las explosiones, los gritos de los muertos y los que daban muerte desgarraban sus oídos, y cada vez que escuchaba el disparo de un cañón o de un fusíl pensaba que estaba a punto de morir.

Busca un sitio seguro, se decía, mientras sujetaba temblando su fusíl y el con la mano contraria el casco que le quedaba una talla más grande. Saltó a un hoyo alargado, tenía que salir de allí, ya había tenido demasiada suerte de correr cuarto de milla sin que le diese ninguna bala. Cayó y se sentó rápidamente, apretó el fusil contra su pecho, cerró los ojos, descansaría unos segundos para tomar aire y volvería a salir, pero un sonido de trompeta resonó entre el terrible ruido y todo cesó. Las partes parecían haberse dado un pequeña tregua, como si aún quedase algo de dignidad en medio de la matanza que se estaba llevando acabo. Respiró, al fin descansaría como era debido.

Un sonido a su derecha lo alarmó y su cara empelideció de repente. Un hombre con barba y un sombrero decapitán estaba a su lado, pero no era de su división, ni de su facción, ni de su ejército, era el enemigo. El hombre lo miró mientras se fumaba un puro, con la cara manchada de tierra y tumbado, descansado. Él le apuntó con el fusil a la cabeza, o le mataba o moriría, pero el hombre levantó las manos desarmado.

-¡Ey, ey, ey! ¿No has escuchado el toque de tregua chaval? -su voz era muy tranquila para estar en esa situación. El joven soldado no bajó el fusil, tenía razón, pero desconfiaba de él.

-¿Como sé que usted también lo va a respetar? -su acento alemán era terrible, pero el hombre pudo entenderlo.

-Vaya... Así que hablas mi idioma -El hombre se quitó el puro de la boca y soltó una bocanada de humo-. Un hombre jamás pelea mientras se toma

un puro, y jamás rompe una regla como el toque de trompetas.

El soldado dudó, no lo conocía, era el enemigo, pero... Parecía buena persona aun así. Terminó por bajar el arma, pero no le iba a quitar el ojo de encima.

-Capitán Mark Stephenson, de las fuerzas aliadas estadounidenses, tercer pelotón.

El soldado se quitó el casco y le miró, apretaba el fusil como si no pudiese desprenderse de él.

-Soldado Blaz Merkioliv, sexto pelotón de la infantería del führ... -dudó antes de continuar, pensó. Ya no podía decir aquello, no en la situación actual-. De las tropas alemanas...

El hombre asintió y se quitó el sombrero.

-Ya veo... ¿Como es que sabes mi idioma Blaz? -el hombre parecía interesado, aunque sabía que en cuanto sonasen las tres trompetas, uno de los dos moriría a manos del otro.

-Mi abuela vivió en Inglaterra un tiempo, hasta que regresó a Alemania cuando era joven y se casó con mi abuelo, ella le enseñó inglés a mi madre y mi madre a mí... -se preguntaba porque diablos le contestaba, cuando sabía que él era el enemigo.

Mark se fijó en su rostro, manchado y con algunas gotas de sangre, aunque imaginó que era de uno de sus compañeros o de algún muerto.

-Eres muy joven para una guerra tan cruel -dijo apagando su puro.

-Lucho por mi país, para eso no se entienden de edad -replicó Blaz-, imagino que en su país pasa lo mismo.

Mark negó con la cabeza.

-Nosotros ya no luchamos por países, yo al menos. Yo lucho por mi familia y mi gente, mi país ya me da igual.

El joven se le quedó mirando, como quien mira a un loco. Aquellas palabras no las había oído de ninguno de los hombres que había visto morir en el otro bando, y menos en el suyo.

-Si por mí fuera estaría en mi pueblo, con mi familia y mi gente -empezó Blaz con voz temerosa-. Con la gente que quiero, pero si estoy aquí es

para protegerles también, al igual que usted.

Mark rió entre dientes.

-Por favor, soy tu enemigo, no me trates de usted, me hace parecer un viejo.

Blaz sonrió levemente, no recordaba la última vez que sonreía.

-¿Cuántos años tiene ust... -pensó las palabras que le acababan de decir-  
¿Cuántos años tienes?

-Yo... Treinta y nueve desde hace dos meses -respondió Mark-. Tu tendrás unos veintipico, ¿No?.

-Diecinueve -corrigió Blaz.

Los dos se quedaron en silencio un momento, como si aquella cifra fuese un mazazo por la escasez de edad del chico.

-¿Quieres uno Blaz? -Mark sacó un puro del bolsillo y se lo ofreció al chico.

-No, gracias, yo no fumo.

Mark sonrió y se volvió a guardar el puro.

-Hay... ¿Hay alguien que te espere en casa? -preguntó Blaz dudoso.

Mark asintió.

-Se llama Elizabeth, pelo castaño, guapa, buen cuerpo, lista... La mujer que todo hombre desearía -miró a Blaz, parecía cabilando en su mente al escuchar todo aquello-. A ti también, ¿No es así?

Blaz enrojeció, a pesar de la tierra y las gotas de sangre, Mark pudo ver como su piel blanqucina enrojecía.

-¿Que? Em... No, no es eso -Blaz tartamudeó-. Es solo...

-Crees que no tienes a alguien que te espera, pero u desearías que te esperase -dijo Mark con una sonrisa.

Blaz seguía enrojecido.

-Bueno, se podría decir algo así...

De nuevo el silencio se hizo en la trinchera, pero a Blaz le asaltó una duda. Se atrevió a preguntar, aunque puede que no fuese una pregunta adecuada.

-Si eres capitán ¿Como es que no estás con tus hombres?

Mark se puso algo más serio y dio una bocanada al puro antes de contestar.

-Eramos ocho hace dos días, pero los dos últimos de mis hombres murieron hoy por un disparo de cañón del flanco izquierdo, el que estaba más adelantado.

Blaz tragó saliva. Aquella era su posición, trató de recordar su pelotón y se le vino a la cabeza un dato.

-Si le sirve de consuelo, el que disparaba ese cañón era un compañero mío -Blaz miró a Mark antes de acabar-, le estalló una granada poco después de su último disparo.

Mark sonrió.

-No sirve mucho de consuelo... Pero gracias.

Blaz sacó de su peto de soldado un colgante plateado con una cruz.

-¿Tu has matado a alguien Blaz? -preguntó Mark muy serio.

Blaz no dejó de mirar la cruz y cerró los ojos.

-Dos personas, una hace siete días, al otro fue ayer... ¿Y tu?

Mark asintió.

-Yo siete personas.

Blaz le miró algo desconcertado.

-Yo lo recuerdo porque fueron pocas personas, ¿Tu las cuentas?

Mark estaba muy serio, le miró y luego se remangó. Tenía siete cortes en el brazo, hechos con un cuchillo.

-Siempre llevo la cuenta. Algún día pagaré por las personas que he matado, prefiero recordarlas así que tan sólo con su sangre en mis manos.

Blaz se quedó paralizado. Aquel no se parecía a ningún hombre que hubiese conocido antes, era distinto, una buena persona.

-Quiero volver a casa... -dijo Blaz al borde del llanto.

Mark cerró los ojos.

-Yo también chico. Todos queremos al fin y al cabo, esta guerra es una mierda...

Blaz sonrió, le hacía gracia como hablaba Mark.

-Se llama Adalia -dijo Blaz.

Mark lo miró desconcertado.

-¿Quien?

-La persona que desearía que me estuviera esperando... -siguió Blaz-. Ella... Me dio este colgante. Dijo que me protegería y me ayudaría a que esta guerra acabase antes, y poder volver a casa.

Mark sonrió. Sacó otro puro del bolsillo y una cajetilla de cerillas, encendió una y comenzó a prender el cigarro. El cielo estaba ennegrecido por las nubes y aire lleno de polvo y pólvora y de un terrible olor a muerte y fuego, pero parecía que dentro de la trinchera todo era distinto, como si las dos personas que acababan de conocerse y que por el destino ahora eran enemigos trataran de conservar su más preciada humanidad, que era lo único que tenían allí además de la vida.

-Si las trompetas resuenen una vez podremos irnos a casa -comenzó Mark-, si resuenan dos, nos volveremos a nuestros campamentos, y si resuenan tres...

-Uno de nosotros se irá al cielo y el otro a una nueva batalla -completó Blaz.

Mark suspiró.

-Quiero ver a mi mujer Blaz... -susurró Mark como si tuviese miedo a decirlo en alto-. Quiero volverla a ver y poder abrazarla.

-Cuando las trompetas suenen, pelea para verla -Contestó él. Sabía que al decirle eso estaba pidiéndole que luchara contra él, pero ya le daba igual.

En ese instante, en aquella trinchera, no había dos soldados, ni dos enemigos, ni tan siquiera dos personas normales. En aquella trinchera parecía haber dos amigos, esperando a que un simple trompeta decidiese

si debían matarse o abrazarse. Ambos trataban de contener las ganas de gritar, de pedir que todo aquello terminase de una vez por todas, de decir que no tenían porque luchar.

-Pelearemos los dos por seguir vivos, aunque esas trompetas suenen, Blaz...

Blaz rió, con una gota salina corriendo por su mejilla.

-Si salimos los dos vivos, deberíamos tomarnos algo un día ¿No crees? -no podía contenerse, ahora aquel hombre parecía lo más cercano a un amigo que tenía.

-Está bien compañero, pero tendrás que venir tu a Estados Unidos, allí tenemos las mejores cervezas.

-Eso es porque tu no has probado una buena cerveza alemana -rió Blaz.

La risa de ambos cortó el silencio del campo de batalla. Sin darse cuenta, todos los soldados pudieron escucharlos reír, un acento ingles y un acento alemán, riendo al mismo tiempo en medio de la guerra. Algunos pensaban que estaban locos, otros que habían entendido que aquella guerra no tenía sentido, pero aquellos dos hombres supieron que incluso en la peor situación, dos hombres pueden hablar, reír, bromear, aunque el destino decidiese que debían enfrentarse.

-Si tu vives y yo muero... -empezó Mark- , quiero que le des esto a Elizabeth, por favor -Mark enseñó un sobre blanco, algo oscurecido por la tierra-. Te leeré algo...

*Querida Elizabeth, si recibes esto, puede que haya muerto, pero quiero que sepas, que incluso desde este otro mundo donde estoy ahora, te amo y te amaré, porque eres la mejor persona que haya entrado en mi vida...*

Una lágrima cayó sobre el papel de la carta y Mark la guardó en el sobre de nuevo.

-Entrégasela tu mismo, hazme ese favor... -rió Blaz.

Mark se remangó el brazo con los cortes y besó sus cicatrices.

-¿Tu recuerdas como murieron? -preguntó el chico. Hablaba de las personas que Mark había matado.

-Pues claro... Hace dos días, dos ellos iban a mi lado, un perdigonazo alcanzó a uno justo detrás de mi, oredené frenar y ponernos a cubierto, retrocedí para ayudar al herido, pero los otros dos no vinieron detrás... Los alcanzó el cañón de un tanque... -Mark hizo una pequeña pausa y

cogió aire ante la mirada de incompreensión de Blaz-. Dos horas después, alcanzaron a otro en la pierna, de nuevo nos frenamos. Un nazi salió de la nada y disparó a otro en la cabeza, aún no se como, pero el herido logró clavarle un cuchillo y salvarnos. Perdía mucha sangre, no pudo salir de allí... Hoy por la mañana, los tres restantes fuimos hacia el ala izquierda, yo delante, si moría alguien quería ser yo. Vi esta trinchera y me metí dentro, llamé a los dos chicos, pero estaban atrás. Uno de ellos llevaba al otro sobre sus hombros, le habían alcanzado en el pecho. Grité, podían lograrlo, podían llegar... Después escuché el zumbido de un cañón, el disparo cayó justo delante mía, en frente a donde estoy. Cuando me levanté para buscarles, no estaban...

El aire se volvió más denso para Blaz, hasta le costaba respirar. Aquella historia no la podía soportar ni escuchándola.

-Las marcas, son de tus compañeros, no de tus muertes...

-¡Son mis muertes! -gritó Mark. Luego le dio miedo hablar-. Yo... Los traje a la muerte...

Blaz negó con la cabeza.

-Tu cumplías ordenes, igual que tus chicos, estoy seguro que están orgullosos.

Mark se levantó con los ojos llenos de lágrimas, Blaz también se irguió.

-Eres un buen hombre Capitán Stephenson -dijo Blaz acercándose a él.

Mark tan solo pudo abrazar a aquel joven que acababa de conocer, sin reprimir las lágrimas, ni uno ni otro. Ahora el destino no dependía de ellos...

-Y tu una gran persona Soldado Merkioliv...

Una corneta marcó el primer aviso. Desde ese momento su destino estaba tomado, si tan sólo había un sonido, la guerra habría acabado, si había dos, esperarían al día siguiente para morir, puede que a las manos del otro, y si había tres...

-Ha sido todo un honor poder conocerte, Blaz...

-Lo mismo digo Mark...

Los dos hombres cogieron sus armas. Blaz su fusil, Mark su pistola. Blaz sacó de nuevo la cruz de plata y la besó con lágrimas corriendo por sus

mejillas, mientras Mark apretaba con fuerza la carta para Elizabeth.

-Gracias Dios, por hacernos personas... -gritó Blaz.

Se hizo un profundo silencio y una trompeta sonó. El aire seguía oscuro y cargado de pólvora y polvo, la tierra teñida de sangre y cuerpos, de armas, de ropas... Pero no se escuchó fuego de cañones, ni de fusiles, tampoco explosiones, ni gritos. La trompeta sonó solo una vez, después, silencio...

Blaz tenía los ojos cerrados y el fusil contra su pecho. Fue abriéndolos poco a poco. Aún no entendía que pasaba, tan solo pudo ver a Mark, con los ojos rojos y sonriendo como un loco.

-La guerra... Ha acabado...

Los dos hombres dejaron sus armas y se abrazaron de nuevo, con fuerza, riendo y gritando. De cada uno de sus lados se escucharon carcajadas y gritos de aliento, de rabia contenida, gritos de felicidad y a la vez de perdón. El suelo seguía teñido de sangre y el aire cargado de pólvora, pero entre aquel caos, entre tda la guerra que se había vivido, dos hombres se abrazaban sin descanso, celebrando no solo el final de una guerra, sino que ellos dos, habían ganado otro. Su batalla había sido dentro de ellos, demostraron que frente a la muerte, frente a la guerra, frente al odio, puede existir algo más fuerte. Aquella batalla no solo la ganaron esos dos hombres, la ganó la humanidad, demostrando, que al fin se podía acabar con absurdas matanzas y dejar que ganase la razón y nuestra integridad... Porque el ser humano no es malo por naturaleza aunque muchos digan que si, en el fondo, el ser humano tiene bondad, más allá de lo que cualquier filosofo créa, y eso fue lo que demostraron estos hombres.

Aún se conserva un foto en lo más profundo de un cajón que se guardó aquel día. Un dos de Septiembre de 1945, una foto en blanco y negro de un soldado alemán y un capitán estadounidense, a las afueras de un pequeño pueblo alemán cercano a Berlín. Los alemanes firman la renición, pero cuando sonaron las trompetas, parecía que nadie había perdido, sino que todos habían ganado, hubo hombres dándose la mano, soldados rusos hablando con los estadounidenses, estadounidenses con alemanes, y alemanes con rusos. Puede que en algún lugar alguien estuviese siendo encarcelado, pero ya les daba igual a todos, aquel día, ganaron las personas...

\*\*\*

Cuarenta años después, en un pequeño hospital para veteranos...

-Buenos días señorita, vengo a visitar a un hombre hospitalizado aquí -un terrible acento alemán sonaba en recepción, aunque se le podía entender perfectamente.

-Bien, ¿Podría decirme el nombre de esa persona? -preguntó la enfermera.

-Mark, Mark Stephenson...

En otra sala, un hombre muy mayor se mantenía conectado a un sistema de respiración asistida, sujetando la mano de una chica bastante joven y, a su lado, una señora de unos cuarenta años. Se escuchó como alguien llamaba a la puerta y las dos mujeres miraron. Era un señor, de pelo canoso y ojos azules, vestía como una persona normal, pero lo que más destacaba era una cruz de plata que llevaba al cuello.

-Disculpenme -dijo con su acento-. ¿Es esta la habitación de Mark Stephenson?

La señora se levantó para hablar con el hombre.

-Así es, ¿Qué desea?

El hombre sacó una fotografía de su bolsillo y se la enseñó a la mujer.

-Yo soy el joven de la derecha y Mark es el hombre de la izquierda... Han pasado ya cuarenta años...

La señora le miró sin dar crédito.

-Usted es el soldado alemán... Del que mi padre habló tanto tiempo.

El señor asintió.

-Me gustaría hablar con él, se que llego algo tarde, pero...

-En absoluto -cortó ella-, llega justo a tiempo.

La mujer llamó a la chica para que saliese de la habitación. Ella se levantó y salió de la sala sin dejar de mirar al anciano. Cerraron la puerta tras de sí.

-Blaz... -Mark hablaba con mucho esfuerzo-. Mírate, que bien te ha tratado todo este tiempo maldito...

-No puedo decir lo mismo de ti amigo...

Mark rio.

-No puedo decir que haya vivido mal...

Blaz miró através de la ventana hacia la mujer y la chica.

-Ellas son...

-Mi hija y mi nieta... -completó Mark-. Son preciosas.

-Me enteré de lo de Elizabeth, lo siento mucho...

-No te preocupes -trató de calmarlo Mark, que parecía algo menos débil-, dentro de poco me reuniré con ella... Pero dime ¿Que ha sido de tu vida estos cuarenta años?

Blaz sonrió.

-Tengo dos hijos... y espero una nieta dentro de poco.

Mark se quitó el aparato respiratorio, no lo necesitaba.

-Vaya, felicidades... Tu mujer es esa chica...

Blaz asintió.

-Adalia, llevamos treinta años casados.

-Me alegro mucho...

Blaz se sentó.

-Mark, necesito hacerte una pregunta muy importante, tienes que ser sincero.

-Cuéntame...

Blaz cogió aire.

-Aquel dos de Septiembre, hace cuarenta años... No tenías balas, ¿Verdad?

Mark rio tosiendo un poco, sin dejar de mirar a Blaz.

-¿Como lo supiste?

-Yo recogí tu pistola del suelo.

Mark cerró los ojos al escuchar aquello.

-La cazadora que hay en esa mesa... -indicó Mark- .Coge lo que hay en el bolsillo derecho.

Blaz se levanto y sacó un puro de la chaqueta, además de un paquete de cerillas.

-No entiendo como aún vas a fumar, cuando eso es por lo que estás así ahora -le puso el puro en la boca y encendió una cerilla.

-Ahora ya no puedo retractarme de ello, al igual que de los cortes de aquellos días... -Mark miró su brazo derecho, aún tenía siete cicatrices en él.

Blaz se quedó cabizbajo un momento.

-Voy a tener que irme, viejo amigo -suspiró el hombre que permanecía de pie.

Mark asintió.

-Lo se -le tendió la mano a modo de despedida.

-Ha sido un honor volver a verle, capitán.

-Lo mismo digo, soldado.

Blaz se despidió y abrió la puerta. Pero antes de irse escuchó la voz de Mark, que ya había apagado el puro.

-Cuéntales nuestra historia a todos, Blaz, que el mundo lo sepa...

Una chica se puso delante de Blaz, la nieta de Mark.

-¿Todo fue cierto? -preguntó ella-. Todo lo de la trinchera, sucedió de verdad, ¿No es así?

Blaz sonrió.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó él.

-Acabo de cumplir diecinueve.

Blaz sacó un pequeño reloj de plata del bolsillo y se lo ofreció a la chica.

-Aquel día, yo y Mark nos intercambiamos objetos, en señal de paz y amistad. Él me dio este reloj y yo le entregué una pluma de plata -la chica pudo ver las iniciales de su abuelo grabadas M.S.-. Tenía tu edad cuando lo conocí, y te puedo decir, que ese hombre es un orgullo para todos nosotros.

Se giró y se fue por el largo pasillo, con un extraño sentimiento de felicidad y tristeza, y una gota salina recorriendo su mejilla.

\*\*\*

Como Mark le pidió, Blaz escribió un libro que llamó *La Conversación Más Difícil De La Historia De La Humanidad*, mucha gente se emocionó al leer los tres días que pasó Blaz en el campo de batalla donde conoció a Mark, y sobre todo, la conversación entre aquellos dos soldados. Mark murió horas después de su última visita por cáncer de pulmón, en su funeral, se encontró el primer capítulo del manuscrito de Blaz, junto con un reloj de plata con las iniciales M.S.

Blaz falleció a los ochenta y siete por causas naturales, se le despidió con la medalla al valor y su libro fue aclamado como una de las historias más increíbles de la historia. En su tumba aún se puede ver una pequeña pluma plateada y una pequeña nota que pone "Gracias por su valor y por ser amigo de mi padre, *Elizabeth Stephenson*".

Se hizo un documental de la historia de estos dos hombres y de proclamó como los representantes del valor, la amistad, y la dignidad humana sobre el odio. Se les recuerda como héroes de la guerra, no por muertes, o por logros militares, sino por logros humanos. El nombre de una de las residencias de veteranos estadounidenses tomó el nombre de Residencia Mark Stephenson, en Mittenwald, pueblo natal de Blaz, se hizo una estatua en honor a los caídos en la segunda guerra mundial en la que el nombre de Blaz Merkioliv aparece el primero y en letras de oro, la estatua, un hombre dándole la mano a otro que está atrapado en una trinchera.

Aún años después de su muerte, lo único que no fueron capaces de explicar del libro de Blaz fue la última página. En ella podemos ver una foto de un soldado alemán abrazado a un estadounidense, debajo de la fotografía, un pequeño dibujo de un soldado dentro de una trinchera con la frase: "Aquí fue donde encontramos la paz..."

FIN

Este libro no se basa en hechos reales, se hace en conmemoración de todos los caídos en la segunda guerra mundial donde fallecieron cerca de 80 millones de personas desde el año 1939 hasta el 2 de Septiembre de 1945.

En las guerras no hay vencedores o vencidos, tan solo víctimas.

**PAZ**